

## Reseñas de libros

---

### ÉTICA, ECONOMÍA, FINANZA GLOBALE.

Alfredo Luciani, Librería Editorial  
Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2008.

136 pp.

ISBN: 978-8-8209-8130-3

---

El libro *Etica, Economia, Finanza Globale* (*Ética, economía y finanzas globales*), escrito por Alfredo Luciani y publicado en 2008 por la Librería Editorial del Vaticano, es un aporte para iluminar la economía y las finanzas desde las enseñanzas de la Iglesia Católica. Teniendo en cuenta aspectos técnicos pero sin perderse en ellos, la obra ayuda a reflexionar con seriedad y profundidad sobre la economía y las finanzas. En la base hay un llamado a vivir la economía, las finanzas y el trabajo desde la caridad, porque sólo de ese modo cumplirán sus fines propios.

La obra está dividida en dos partes. La primera de ellas, “La visión cristiana de la economía” desarrolla los fundamentos del libro en cuatro capítulos. La segunda –“Ética y finanzas”– más directamente relacionada con la problemática contemporánea de las crisis económicas y los mercados financieros internacionales. El libro incluye una breve sección de Apéndices en cuatro partes, y una conclusión de seis puntos cierra la obra.

El estudio de Luciani persigue dos propósitos: el primero, iluminar el problema económico social desde los valores morales, especialmente manifiestos en las Sagradas Escrituras y la Tradición, tanto en los Padres como en los documentos pontificios. El segundo propósito es el de ser una guía para la acción, una ayuda para encontrar soluciones fundadas no sólo sobre un análisis técnico sólido sino, también,

sobre una visión del hombre y la sociedad que responda al ideal de la caridad política.

Los primeros dos capítulos de la primera parte son un repaso de la evolución histórica del pensamiento económico y financiero. Cada época presenta situaciones diversas pero los principios morales para evaluarlas son los mismos. El primer capítulo repasa el pensamiento económico-social en la Antigüedad. Desde la “edad de oro” de la que hablan los poemas más antiguos hasta los primeros siglos de la Iglesia, el autor se ocupa de revisar el pensamiento del mundo griego (especialmente Platón y Aristóteles), el romano y el hebreo. En ese contexto el cristianismo aportó una renovación, un cambio de perspectiva para pensar en los bienes y en el trabajo como dones de Dios al servicio del prójimo. El segundo capítulo de la primera parte hace un recorrido desde la estructura económica medieval hasta el capitalismo, marcando la diferencia entre el régimen feudal y sus estructuras y las de la época Moderna, donde el sistema de mercado marcó una ruptura, positiva en algunos aspectos y negativa en otros.

El tercer y último capítulo de la primera parte es una reflexión importante en vistas a lo que ocupará la segunda sección, más directamente relacionada con la problemática económica y financiera de nuestra época. Luciani subraya que, según la Doctrina social de la Iglesia, no debe haber separación entre ética y economía, a pesar de que entre ellas exista autonomía. Los fines de la sociedad y del individuo –la justicia social y la iniciativa entre otros– deben ser el principio y el fin de la economía. El bien común es la razón de ser del Estado y la autoridad política, y

en ese contexto la rentabilidad o el ejercicio del poder son fines de segundo orden. La propiedad privada, derecho constitutivo de la sociedad, está subordinada al derecho primero y fundamental de la destinación universal de los bienes, y por eso se convierte en un deber de solidaridad. La empresa se concibe como una institución al servicio de todas las personas relacionadas con ella, y la noción de Estado se ilumina desde la subsidiariedad y la caridad.

La segunda parte comienza recordando los fundamentos de una reflexión cristiana sobre el dinero y las finanzas. En el capítulo I de la primera parte y de manera realmente interesante, Luciani repasa distintas parábolas donde Jesús hace referencia a la relación de los hombres y los bienes: el pez y la moneda de plata (Mt 17, 24-27), las parábolas del Reino como el tesoro escondido y la perla (Mt 13, 44-45), la escena donde María, hermana de Lázaro, limpia los pies del Señor con un caro perfume (Jn 12, 1-8), y otros. El autor pone especial atención en la parábola de los talentos (Mt 25, 26-30). Las riquezas son negativas cuando no son un medio sino un fin, cuando no están al servicio de los hombres sino que se usan para satisfacer nuestro egoísmo y nuestra avaricia. Como todos los dones que recibimos de lo alto, también las riquezas son un talento. Un don para hacer fructificar en la justicia, y sobre todo en la caridad.

Sigue una extensa consideración sobre la doctrina de los Padres de la Iglesia en relación con la economía y la sociedad, en el capítulo II. Con lenguaje fuerte los Padres reivindican la exigencia de la justicia, de la correcta distribución de la riqueza y los bienes creados por Dios, que han sido destinados a toda la familia humana. Condena la usura y alaban las riquezas como medio para ayudar al más necesitado, medio que se vuelve inicuo si se utiliza para satisfacer el propio egoísmo. Entienden que el trabajo es un deber que nace de la caridad.

Después de estas consideraciones de doctrina y tradición, Luciani se ocupa directamente de la situación actual de los mercados financieros internacionales. En efecto, el capítulo III de la segunda parte pone su atención en el desarrollo acelerado del mercado financiero en la segunda mitad del siglo XX y en los problemas éticos suscitados. No perder el contacto con la economía real ni con las necesidades de todos los implicados es un deber para la gestión

financiera, que está subordinada al desarrollo integral de la sociedad. Como ha dicho Juan Pablo II, “la opción de invertir en un lugar más que en otro, en un sector productivo más que en otro es siempre una *opción moral y cultural*” (*Centesimus Annus*). Los capitales financieros no necesitan someterse al patrón de la máxima rentabilidad sin considerar opciones menos rentables pero favorables en otros aspectos como el humano y el social.

El último capítulo de la segunda parte se ocupa de los temas anunciados en el Prólogo y la Introducción. Luciani comienza por retomar las líneas de las Sagradas Escrituras y el Magisterio actual. Ya el Concilio Vaticano II, en su constitución pastoral *Gaudium et Spes*, advertía contra el peligro de que el desarrollo económico se abandonara al arbitrio de unos pocos, e insistía en su necesaria orientación al bien común. La cuestión ética no es un aspecto extrínseco añadido a la fuerza a las dimensiones económicas, sociológicas y políticas de las finanzas sino un modo de evaluarlas y volverlas significativas para la acción humana y el desarrollo social.

Para evitar quedarse en una discusión de principios, superando así el aparente divorcio entre fe y vida cotidiana, Luciani da una serie de consejos: vivir la propia profesión con responsabilidad como respuesta al Cuerpo místico de Cristo; trabajar la virtud de la prudencia para descubrir la oportunidad o inconveniencia de cada situación; la ventaja de tomar decisiones no en forma individual sino colegiada; no tomar la maximización de la renta como criterio único de inversión; no ser partícipe de actividades irregulares o ilícitas; contribuir al bien común invirtiendo en actividades que lo favorezcan de modo más directo. No hay que olvidar que “las inversiones de capital buscan siempre un justo y razonable índice de rentabilidad”, sin el cual no tendrían sentido y no podrían sostenerse.

La crisis financiera de los Estados Unidos ocupa un lugar preponderante en este último capítulo. Reclama una reconsideración global de toda la acción económica tal como ha sido concebida en los últimos años, y también de los estilos de vida insostenibles que ha determinado el capitalismo financiero actual. Desde el momento en que hablamos del capital y del mercado como si fuesen realidades independientes, se precipitan una cantidad de

errores destructivos. Perdemos de vista que el mercado no es una suerte de gran conciencia única gobernada por leyes inexorables sino un conjunto de personas tomando decisiones en base a sus prioridades. Es cierto que los negocios no son filantropía, pero también es cierto que su propio dinamismo –indiferente a cuestiones éticas– no necesariamente asegura la estabilidad y los buenos resultados para el conjunto de las personas relacionadas o para la sociedad. La Iglesia propone tres series de medidas: una mejor reglamentación de los mercados financieros, operadores del sector que vuelvan a ubicar la economía real en el centro, ahorristas que se resistan a la sirena del máximo rendimiento.

La Conclusión merece ser comentada. Luciani resume los puntos más importantes de un proyecto social que armonice ética y economía: la centralidad de la persona humana en las organizaciones, el aspecto ético y no solamente técnico de la economía, la exigencia de sentido que contiene la moral –antes de

ser un mero conjunto de reglas a observar–, la necesidad de utilizar las riquezas en vistas al progreso de la humanidad, la tutela de los pobres como fundamento ético de una economía de progreso social, donde el principio del bien común debería dominar la estructura de los presupuestos y la atención a los países menos favorecidos.

La obra de Luciani es un aporte valioso a la discusión sobre la situación contemporánea de la economía, el mercado financiero y su relación con la sociedad. Logra poner en evidencia que la economía, las empresas, los mercados y las finanzas no pueden ser evaluados sólo con herramientas técnicas, porque detrás de ellos siempre hay personas que toman decisiones en función de sus prioridades. Esas prioridades están llamadas a ser iluminadas desde una visión humana integral, que respete al individuo pero que también tenga en cuenta el bien común y los principios de subsidiariedad y solidaridad. La Iglesia Católica puede aportar una visión de este tipo.

*Juan Francisco Loitegui*